

Otra *Historia de lunas* de Alejo Carpentier

Rafael Rodríguez Beltrán / Fundação Alejo Carpentier (Cuba)

LA YA CÉLEBRE “maleta perdida”, que permaneciera durante largos años en Francia y que fuera recuperada gracias a las gestiones de la familia que la conservó, nos reserva siempre nuevas sorpresas. Ahora podemos poner a disposición de los lectores y estudiosos de nuestro novelista, fundidos en uno, dos documentos de considerable importancia hallados en ella. El primero es un manuscrito a lápiz de once páginas, redactado en francés, que lleva el título, posteriormente tachado, de *El embó*; en su lugar, en el margen izquierdo se lee, con letras mayúsculas *HISTORIA DE LUNAS*. El tipo de papel usado (de copia, de color rosado), coincide con muchas de las cartas que enviara el escritor a su madre entre los años 1930 y 1931. El segundo documento es un mecanuscrito de siete páginas que ya con el título, al parecer definitivo, de *Historia de lunas*, reproduce el primero con las pertinentes correcciones y añade otras enmiendas manuscritas, si bien se detiene casi al final. El papel, en este caso timbrado, es el mismo que utilizara en parte de su correspondencia con Lina Valmont, a partir de marzo de 1932 cuando, junto a Filiberto

Traduções

Rico, Carpentier dirigía las Éditions de Musique Hispano-Américaine.

Como es sabido, la *Historia de Lunas* que conocemos fue publicada en una separata de *Cahiers du sud*, la prestigiosa revista marsellesa, en diciembre de 1933. Al respecto, conviene revisar las *Cartas a Toutouche*, en las que el novelista hace referencia a esta obra de su etapa inicial. En carta fechada el 22 de julio de 1932, Carpentier le escribe a su madre: “Acabo de terminar mi primera novela corta en francés – *Historia de lunas* – cuya copia te mandaré”. Tiempo más tarde, en una carta no fechada pero que gracias a diferentes alusiones a publicaciones y acontecimientos podemos situar en enero de 1934, escribe Alejo: “Te mando *Le Cahier du Sud* con la primera de mis histoires de Lunas, que ha tenido un éxito sensacional”. De esta manera podemos dar una fecha aproximada a la composición de la primera y constatar, además, que Alejo se proponía hacer una serie con este título, ya que habla de *la primera* y que la palabra historia (en francés) está con minúsculas y en plural. Ahora les ofrecemos “otra” *Historia de lunas*, cuya importancia no pasará inadvertida para el lector avezado.

El período en que se inscriben las dos “historias” revela una búsqueda insistentemente vinculada a la temática afro-cubana: se había iniciado con *La rebambaramba*, *El milagro de Anaquillé* y los *Cinco poemas afrocubanos*, que llevan la fecha de 1927; *Manita en el suelo* es de 1931, y, sobre todo, *¡Écue-Yamba-Ó!*, cuyo manuscrito (probablemente un esbozo inicial) ya llevaba, según propia declaración, a su salida de Cuba en 1928; esta novela ya estaría muy avanzada para

inicios de 1931, puesto que en el primer número de la revista *Imán* (abril de ese mismo año) aparecen los capítulos 25 (ligeramente modificado), 35, 36 y 37 de lo que sería la edición española de 1933. Además, en la carta del 7 de agosto de 1931 a Lina Valmont, el novelista escribe: “Me marcharé de nuevo a fines de mes para cualquier otra parte en que haya mar y calor: ahí, en la tranquilidad absoluta, terminaré *¡Écue-Yamba-Ó!* que sólo pide ya unos quince días de trabajo”. Y finalmente, en su carta del 4 de enero de 1933, una vez concluida la obra, le escribe: “Cuando veo ese libro [*¡Écue-Yamba-Ó!*] sobre mi mesa, me pregunto cómo hago, cómo he podido realizar el milagro de hacer un trabajo tan paciente y tan acabado.”

Si hemos insistido en esta cronología relativa a las primeras obras de la producción carpenteriana es porque, esta “otra” historia de lunas establece un vínculo muy estrecho con todas ellas, pero muy especialmente con la que ya conocemos y con *¡Écue-Yamba-Ó!* El lector observará, con respecto a la primera, el importante papel que desempeñan también en este relato, que es sustancialmente diferente, el lascivo e insaciable *escurridizo*, con su cuerpo untado de sebo; Tata Cuñengue con sus ensalmos salvadores; la serpiente, mortalmente vengadora si no se le mata a tiempo; los cuatro tambores rituales, el cuarto de los cuales sirve para invocar a los muertos; el canto litúrgico *Olelé, Olelá...* Tampoco pasarán inadvertidos algunos símiles característicos de esta etapa de la producción carpenteriana en la que se pone de manifiesto cierto compromiso con la vanguardia tales como la del ojo del gallo “redondo como una canica malévola”, o la de

los cocuyos que “rasgaron la oscuridad como estrellas fugaces” y algunas imágenes, como la de la pata del cerdo suspendida sobre la cabeza cercenada de San Juan, o ciertas yuxtaposiciones de evidente prosapia surrealista: “un gato negro sin orejas ni pezuñas [...], dos docenas de alfileres, un huevo de paloma y un grueso camarón atravesado por una aguja”.

Con relación a *¡Écue-Yamba-Ó!*, los vínculos son también transparentes. En primer lugar, cabe apreciar que esta nueva historia de lunas nos sitúa en el contexto del ingenio cubano, donde el tiempo se rige por las sirenas que anuncian el fin y el inicio de la faena diaria, donde conviven culturas y grupos sociales diferenciados: el mayoral americano, los trabajadores cubanos y procedentes de Haití o de Jamaica, la guardia rural e incluso el pesador italiano. Al final del relato hay, además, como al principio de la novela, una alusión directa a la influencia de las pizarras de Wall Street en la producción azucarera cubana. Casi todos los nombres de los personajes de este relato los encontramos en la novela: Salomé, Menegildo, Atilano, Barbarita, Usebio, María la O, Tata Cuñengue... si bien las funciones o profesiones de cada uno son aquí bien diferentes.

Una línea temática que enlaza tanto las historias de lunas como la novela y otros textos de ese período – el guión para el ballet, la ópera, los poemas – es el mito religioso. En otra carta a su madre, esta del 18 de enero de 1934, Carpentier escribe, refiriéndose a *¡Écue-Yamba-Ó!*: “...no debe considerarse como una novela...”, y más adelante “...he tomado en la *realidad* los elementos *irreales, míticos, legendarios* de la vida del trópico. Cada hecho viene acompañado por su leyenda;

leyenda del ciclón, leyenda del collar de Ifá, oraciones, leyenda del mar de Cuba... [...] *Ecue-yamba-o es una mitología ante todo*". Ideas estas que a todas luces prefiguran el concepto de lo real maravilloso, que desarrollará el autor tres lustros más tarde, pero que además insisten en la fabulosa fantasmagoría del universo caribeño. Las oraciones del Alma en Pena, del Justo Juez, de los Catorce Santos Auxiliares; las divinidades primordiales Ochún, Obatalá, Changó, Babalú Ayé; los diferentes ritos y su liturgia; los cantos esotéricos, los conjuros y las danzas ceremoniales se hallan aquí también en el centro del relato, se roban la atención y devienen verdadero protagonista de la fábula.

El texto que se brinda a continuación es una traducción al español del documento mecanografiado (en redondas) al que se ha añadido el fragmento que falta a partir del manuscrito (en cursivas). Disfrute el lector de estas páginas que, una vez más, nos muestran al primer Carpentier que busca en la vieja pero siempre emblemática luna, fuente de inspiración renovada para la literatura, inusitadas peripecias que nos trasladarán a un complejo mundo mítico de auténtica estirpe afrocubana.

Traduções



HISTORIA DE LUNAS

Alejo Carpentier

Tradução do francês para o espanhol de Rafael Rodríguez Beltrán

*Tata Cuñengue
mató el alacrán*

manuscrita

Todo comenzó por algo carente de importancia. Cuando Salomé gritó: “¡El café! ¡El café!” como cada mañana, todavía estaba dormida y el pequeño San Juan negro había sido arrancado de la repisa que se hallaba sobre su cama. Sólo quedaban algunos fragmentos sobre el suelo de tierra apisonada: la manita dorada con dos dedos de menos y una cabeza rizada que sabía más de cuatro cosas. Como no es bueno despertar súbitamente al que habla dormido, la observábamos atontados sin decir palabra. Si hubiera quedado un poco de agua magnética de la sesión espiritista de la víspera, todo hubiera sido más fácil. Pero mamá guardaba silencio y abuelo había apagado su tabaco escupiendo en la palma de la mano. Y entonces entró el cochino. Con un movimiento de su hocico apartó a uno de los muchachos que observaban desde la puerta, y luego de dar dos vueltas dentro de la habitación, se detuvo ante Salomé. Probablemente se olió que se trataba de un mal sueño, pues ya no volvió a moverse. Sólo una de las patas posteriores pedaleaba en el vacío sin lograr posarse sobre la vacilante cabeza del San Juan... La yagua, cuya caída esperábamos desde hacía ya algún tiempo, se desprendió del árbol con un ruido de cobija arrancada por el viento. Todos salimos corriendo hacia el pozo



para no ver a la durmiente cuando se irguiera en el lecho cerrando su desgarrado vestido sobre las oscuras piernas. Cuando Salomé trajo la gran cafetera de lata y, ya despierta, nos llamó, tomamos asiento alrededor de la mesa y callamos. Nadie se atrevía a mirarla, salvo la inocente Barbarita. Al fin, mamá rompió el silencio:

– Esta noche dejaste otra vez la ventana abierta. ¿Se te olvidó que había luna? Vas a terminar como María-la-O, la que gritaba “¡Fuego!” al oído de los terneros...

Pero los bueyes esperaban y tuvimos que salir para el ingenio, cuya sirena sonaría a las seis de la mañana.

X X X

Ya Salomé no se despertaba. Cada mañana se renovaba la misma escena familiar alrededor de su cama. Ahora cada uno de nosotros se preparaba el café, sin pensar mucho en aquella que hablaba en sueños desgarrando cada vez más su vestido. Esperábamos el regreso de las noches oscuras, cuando la luna se dirige hacia otras tinieblas distintas de las nuestras.

X X X

Pasaron algunos días. Todavía había un poco de luna en el cielo. Una noche, cuando todos dormían, un majá le dio la vuelta al bohío lamentándose. Escuché sus: “chhhhhh” una vez desde el norte, dos desde el sur y una vez más a la izquierda. Si no se mata, la culebra que se queja en la noche logra hacerse muy vieja y entonces, cuando regresa al mar, maldice a aquel que la

Traduções

dejó vivir. Salí silenciosamente machete en mano. Mientras buscaba la serpiente, que se había deslizado por debajo de las raíces de un árbol, tropecé con un objeto que rodó por tierra con ruido de alcancía. Encendí un fósforo. Junto a mis piernas encontré una güira llena de granos de maíz. Sobre tres monedas de cobre, una cabeza de gallo que, manchada de una sangre todavía viscosa, dirigía hacia mí su ojo redondo como una canica malévol.

Una vaca paría a lo lejos. Los cocuyos rasgaron la oscuridad como estrellas fugaces. Salí corriendo hacia el bohío dando gritos, pero no olvidé cruzar los pies, uno delante del otro a cada paso que daba. El machete se había quedado profundamente incrustado en la tierra junto a la güira del trabajo de brujería. Su mango de tarro, adornado con tres clavos, marcaba el centro del círculo alrededor del cual giraría, hasta el amanecer, la invisible rueda de los efluvios maléficos.

X X X

Al día siguiente no fuimos al ingenio. Tata Cuñengue llegó poco antes del mediodía. Sus pies estaban cubiertos por una costra de fango rojizo, pues ya había comenzado la temporada de lluvias. Habían vestido de limpio a todos los santos del altar. Babayú Ayé, al que los blancos llaman San Lázaro, ofrecía a las ávidas lenguas de dos perros de yeso sus huesudas piernas, cuyas llagas se habían vuelto a pintar recientemente con sangre de buey. La virgen Ochún llevaba un vestido de encaje de papel, que mi madre le había hecho la noche anterior. Su marido, Obatalá, aparecía crucificado y

rodeado por una guirnalda de espinas todavía verdes. Incluso hundieron la cabeza de Santa Bárbara-Changó, dios del trueno, en la miga de un panecillo todavía caliente. Las piernas, los senos y las orejas hechos con jabón amarillo y comprados en la iglesia del pueblo, colgaban con cintas de seda rosada, de los bastones de hierro de Eshú, la desconocida. Y todo esto se hallaba en un rincón muy oscuro del bohío, lejos del sol, que mata la fuerza de las imágenes y envenena el ombligo de las chivas.

Tata Cuñenge empezó rociando las paredes y el piso con un agua en la que flotaban restos de tabaco. Plantó su tarro de chivo ante el umbral de la casa para impedirle la entrada a los espíritus hechizados. Después, acostado boca abajo, con los brazos en cruz, pronunció ciertos encantamientos en una lengua secreta. Desde el brocal del pozo observábamos en silencio sus idas y venidas. Luego, degolló un gallo prieto, mezcló su sangre con maní y con ella trazó un círculo y dos triángulos sobre el suelo apisonado; entonces hizo una señal para que nos aproximáramos. Empezamos a cantar junto con él:

Olelí, Olelá,
Olelí, Olelá,
Jesucristo transmisol,
Obatalá transmisol,
Allán Kardé transmisol
Olelí, Olelá,
Olelí, Olelá.

A la caída de la tarde, cuando terminamos de comernos la carne del gallo sacrificado, el brujo se fue

con su tarro de chivo y las ofrendas que le habíamos dado para el santo de su bohío.

X X X

La tranquilidad no duró mucho tiempo. Salomé volvió a despertarse a la hora habitual, pero pronto nos dimos cuenta de que estaba embarazada. Pero no como mamá, ni como abuela, ni como Guarina, la otra hermana que vivía en el pueblo, pues en esta ocasión no había padre. A veces ocurre que una joven es violada por uno de los negros franceses que cada año el ingenio hace venir desde Haití para trabajar en los cañaverales. También pasa que un guardia rural valiéndose de su uniforme, o que un mayoral americano (o incluso el italiano que trabajaba en la báscula y al que mataron por un asunto de ese tipo), desgracia a una virgen, luego de seducirla con regalos. Pero una mujer en estado que solloza durante todo el día y que ¡ni tan siquiera sabe quién la poseyó...! ¿Qué gusano inmundo, qué bicho de las sombras, qué infeliz simiente llevará en su vientre?

Era preciso acabar de una vez con esos influjos lunares.

X X X

Tata Cuñengue vino al bohío una segunda vez. En esa ocasión lanzó al aire los doce caracoles y durante largo tiempo observó el dibujo que habían trazado en el suelo. Dio a las mujeres las instrucciones que deberían seguir. Y se marchó, dejándonos en un velador que había

en el centro del bohío una cadenita de cobre, adecuadamente *trabajada*. Estaba ahí, muy recta en la posición de las agujas de un reloj a las tres menos cuarto. Nadie debía tocarla.

X X X

La primera noche rezamos la oración de la Piedra de Imán.

X X X

La segunda noche, fue la oración de los catorce Santos Auxiliares.

X X X

La tercera noche, le tocó a la oración del Alma en Pena.

X X X

La cuarta noche, la oración del Justo Juez, que termina con las siguientes palabras:

Líbrame, Señor, de mis enemigos,
Como liberaste a Jonás del centro de la ballena.

X X X

La quinta noche, unos murciélagos volaron por sobre el bohío, como una ráfaga de piedras y nos acostamos sin rezar.

Traduções

X X X

La sexta noche, Salomé gimió débilmente, mientras rezábamos la oración del Gallo Motoriongo. Pero hasta entonces la cadenita de cobre de Tata Cuñengue no se había movido.

X X X

La séptima noche, mientras terminábamos de rezar la oración de Sikanekua-la-mujer-que-descubrió-el-pezu-roncador-y-que-murió-a-manos-de-Nezacó-el-fundador-de-la-Primera-Potencia, un extraño estrépito se produjo en el cuarto de Salomé. Vimos que sobre su cama se erguía un negro desnudo, untado de grasa de la cabeza a los pies, que fijó en nosotros sus ojos postizos, rojos, sin vida, cosidos con hilo blanco a una tela oscura que ocultaba su rostro. De un brinco saltó por la ventana abierta y su sombra regresó a la noche. Aunque salimos del bohío, ni tan siquiera intentamos ir en su búsqueda. Un ser humano vivo nunca podrá atrapar a un *escurridizo*.

Cuando regresamos al bohío, la cadena de cobre se había torcido y formaba un círculo un poco achatado.

– El *escurridizo* se fue – dijo mi madre. Ya no regresará al bohío.

X X X

Como no se debe hablar de estas cosas, nadie supo que a Salomé la había embarazado un *escurridizo*. Pero el hombre de los ojos postizos rondaba por la zona, y

luego supimos que en el pueblo, donde es difícil ocultar un secreto, habían violado a la hija de Menejildo y a la hermana de Atilano, el que criaba gallos de pelea.

X X X

Pero nada de eso impedía que Salomé siguiera preñada. Por tercera vez fueron a buscar a Tata Cuñengue. Vino con sus tres hijos y trajo los cuatro tambores que hablan: el tamborcito rodeado de plumas; el tambor grande, que se temple con calor; el tambor que se acaricia con la mano y el tambor que entiende el lenguaje de los muertos. Acostaron a Salomé, completamente desnuda, sobre una mesa. Los hombres, que conocen todas las tradiciones, rociaron su cuerpo con ron y leche de chiva. Una gran estopa embebida en miel le fue colocada entre los muslos. Salimos entonces del bohío en espera de los acontecimientos. Los cuatro tambores hablaron durante largo tiempo dentro de la casa cerrada. El más pequeño llamaba a las fuerzas espirituales con su continuo redoble. Los otros le respondían con períodos entrecortados que, al iniciarse, provocaban nuestro estremecimiento. Finalmente oímos a Salomé dando unos formidables gritos que de inmediato fueron ahogados por el estrépito de los tambores.

Se abrió una puerta del bohío. Salomé, inconsciente, se desangraba. Entonces Tata Cuñengue nos mostró, amontonados sobre un taburete, las atrocidades que la simiente del escurridizo había hecho nacer en el vientre de mi hermana. Había un gato negro sin orejas ni pezuñas y con la pelambre cubierta por una grasa infecta; a su lado, dos docenas de alfileres, un huevo de paloma y un grueso camarón atravesado por una aguja.

Traduções

Mi madre besó las manos del sabio. Tata Cuñengue nos dio de beber un poco de ron en la vasija de hierro que siempre llevaba colgada al cuello con una correa de cuero y los tambores hablaron de nuevo invitando al baile. Comenzamos a dar vueltas alrededor de Salomé que ya iba volviendo en sí gracias al agua magnética con la que el Tata le salpicaba el rostro. Dábamos y dábamos vueltas cantando:

*Tata Cuñengue
Mató el alacrán
Tata Cuñengue
Ya no volverá...*

Y como los tambores se oyen de lejos, todo el mundo supo que ese día había fiesta en casa del viejo Usebio. Acudieron todos los vecinos. Hasta desconocidos. Se bebió con los guardias rurales, que habían dejado sus caballos debajo de las matas de mango. Incluso hubo quien bailó con una jamaicana que al principio había intimidado un poco a la gente con su enorme sombrero de plumas.

Al día siguiente, cuando todo el mundo se marchó, los hombres volvieron por el camino del ingenio. La paga era buena, pues un negociante de Wall-Street había comprado 800 000 sacos de azúcar al ingenio justamente el día anterior.